

causa del liberalismo donde quiera que se agitase, sin contar que tenía recientes y personales motivos de queja contra D. Miguel, á causa de los indignos tratamientos que dos negociantes franceses acababan de sufrir del populacho de Lisboa, injuria de la que no creía haber obtenido una satisfaccion suficiente, puesto que para arrancarla habia sido preciso que el almirante Roussin se presentase delante del Tajo, entrase á la fuerza en el rio, bombardease los fuertes, y se llevase en prenda de sumision la mitad de la escuadra miguelista (11 de julio de 1831).

Humillando así al usurpador, Francia habia peleado tanto en provecho de Doña María como en el suyo propio, y uniéndose con D. Pedro, completará su venganza, conquistará una alianza y abatirá el despotismo.

Francia hizo mas: autorizó á D. Pedro para reclutar tantos voluntarios como pudiese pagar, y su número fué bastante crecido, al mismo tiempo que la mayor parte de los portugueses que residian en Francia, ofrecieron asociarse á la fortuna de su reina. Bastará mencionar entre ellos á los hermanos Mallo, de Dunkerque, que equiparon dos buques á sus espensas, y al valiente general Saldanha, amigo íntimo de Lafayette. Es cierto que D. Pedro no pudo aceptar los ofrecimientos del general porque sus opiniones harto liberales alarmaban á las cortes extranjeras, mas Saldanha no renunció por ello á sostener la causa de la libertad, y como no podia hacerlo siguiendo á D. Pedro, lo consiguió excitando el celo de todos sus amigos.

Los recursos de que disponia Doña María se hallaban reunidos en Belle-Isle, y constaban de doscientos á trescientos ingleses, de seiscientos franceses, y de un gran número de portugueses, con algunos buques que mandaba el capitan inglés Sartorius, contándose además con el odio que inspiraba D. Miguel. La partida tuvo lugar el 10 de febrero de 1832, dirigiéndose D. Pedro á las Azores para reunir las fuerzas de que Villafior se habia servido con gloria, y volver en seguida hácia Portugal. Despues de un corto descanso en San Miguel, á donde le llevaron los vientos, fué á desembarcar en la Tercera.

D. Pedro regente; desde las Azores se traslada á Portugal.

Dueño de las Azores, el primer cuidado de D. Pedro fué nom-

brarse regente, proclamar á su hija, y componer un ministerio completo, bajo la presidencia de Palmella. Sin embargo, el punto capital consistia en captarse el afecto de los pueblos que D. Miguel tiranizaba, y esto es lo que no supieron hacer el regente ni sus consejeros, á pesar de las excelentes intenciones que abrigan. Harto dominados por el deseo de imitar la conducta política que habian admirado en Inglaterra y en Francia, no tuvieron muy en cuenta las circunstancias y los hombres con quienes debian tratar, en lo que estriba la primera nocion del arte de gobernar. ¿Qué le importaba en efecto al pueblo portugués la abolicion inmediata de los conventos y monasterios, cuyas ventajas no serian para él, ni la supresion del diezmo, que le hacia llevadero su profunda piedad? De este modo se irritaba al clero, sin agradar al pueblo. Otra falta no menos grave fué no admitir las contribuciones sino en dinero, en vez de los censos en frutos; de aquí que los cultivadores no quisieron, ó no pudieron pagar, y el Estado, por no haber comprendido que el bien no puede improvisarse, careció á la vez de dinero y de productos. ¿Qué imprudencia, al principio de una guerra civil, cuyo éxito solo dependia de la buena voluntad de los ciudadanos! Si era menester ocuparse inmediatamente en reformas, ¿porqué no comenzar por la supresion de los abusos feudales, que la mayor parte de los nobles estaban dispuestos á sacrificar, y que á los ojos de las masas no tenian la peligrosa consagracion de la religion?

D. Pedro habia reunido un ejército libertador de siete mil quinientos soldados, seis mil de ellos portugueses, y un buen número de buques. Alentado por las noticias cada vez mas favorables que recibia incesantemente de Lisboa y de las principales ciudades, no dudó de que sus fuerzas bastaban para reanimar á los patriotas y derrotar al usurpador, y lleno de esperanza y de alegría, partió de las Azores el 22 de junio: á los quince dias se halló á la vista de Portugal sin haber encontrado ningun obstáculo grave, y en la velada del 7 de julio ancló en el puerto de Villa do Conde, á veinte kilómetros al norte de Oporto.

Frústranse las esperanzas de D. Pedro.

Tan lisongeras esperanzas quedaron empero frustradas. En lugar del entusiasmo con que contaba á su llegada; en lugar del

alzamiento general que esperaba para compensar la estremada inferioridad de sus fuerzas, encontró al pueblo mal dispuesto, á las tropas fieles, y los gritos de: *¡Viva D. Miguel! ¡Viva el rey absoluto!* fueron los únicos que su parlamentario, el coronel Sada Bandeira, recibió á su paso al anunciar los designios de D. Pedro, á los que D. José Cardoza añadió la amenaza de prenderle y fusilarle, si volvía á presentarse delante de él.

¿Qué habria acontecido si el general Cardoza hubiese sabido aprovecharse del primer momento para arrojar al mar á los desconcertados partidarios de Pedro? No lo hizo, y conservando estos su valor, pudieron avanzar impunemente desde Villa do Conde hasta Mindella, y desde Mindella hasta los muros de Oporto, donde entraron sin que Santa Martha intentase siquiera defenderla. Como Oporto habia sido siempre el asilo de la libertad, D. Pedro fué recibido en medio del entusiasmo universal, caminando sobre flores y entre casas empavesadas con fajas azules y blancas, colores de la independencia.

Sin embargo, por mas honrosas que fuesen, tales ovaciones inesperadas no eran mas que una sorpresa, y no prejuzgaban nada para el porvenir. D. Pedro no quedaba por ello menos expuesto, con un reducido ejército de voluntarios, al choque de los numerosos regimientos que D. Miguel habia ya reunido ó que armaba en aquel mismo momento contra él. Dos reñidos combates que dió en las puertas de Oporto, incierto el uno y desgraciado el otro, léjos de mejorar su situacion, solo demostraron su impotencia. Encerrado desde entonces en el recinto de Oporto, hubo de limitarse á fortificar las posiciones importantes, y á reprimir los ataques de que fué objeto. Despues de tanto esperar, veíase reducido á contar solo con el tiempo y con las disensiones que su presencia podia suscitar entre sus enemigos.

D. Pedro se encierra en Oporto.

Obrando así, en vez de hacer tentativas inútiles contra Lisboa, D. Pedro probó que era digno de triunfar. Apenas habia residido un mes en Portugal, los generales miguelistas se enemistaron, y el mismo D. Miguel, no sabiendo ya en quien depositar su confianza, entregaba cada dia á nuevas manos el mando de su ejército; desuerte que, á pesar de algunos combates poco afortunados,

á pesar del hambre, á pesar de la falta de dinero, á pesar del cólera que unió sus estragos con los de la guerra, D. Pedro pudo pronto vislumbrar la hora de salvacion, contribuyendo á reanimar sus esperanzas la llegada de considerables socorros en municiones, en víveres y en hombres enviados desde Londres y París (1.º de enero de 1833). Además, poco tiempo despues desembarcaron el general Saldanha y el baron de Solignac, célebres ambos por sus hechos de armas durante las grandes luchas del imperio, y faltó D. Pedro hasta entonces de jefes experimentados, les confió la direccion de la guerra, no teniendo en adelante Don Miguel sino la superioridad del número. Añádase á esto que el almirante Sartorius no tardó en presentar su dimision, á causa de las privaciones de que los soldados ingleses se quejaban, siendo reemplazado por uno de los marines mas atrevidos, por el capitán Napier.

Triunfos de los liberales; toma de Lisboa.

Con semejantes jefes, era permitido mostrar mas audacia, y en lugar de mantenerse en una estricta defensiva y de revelar su propia debilidad no traspasando nunca el estrecho límite de Oporto, D. Pedro resolvió disminuir la guarnicion de esta ciudad y formar una columna que se arrojase de improviso sobre algun punto lejano del reino, á fin de inquietar á D. Miguel con una diversion, de librar á Oporto, y de excitar á los pueblos á la insurreccion. ¿A qué punto debia dirigirse la expedicion? Solignac opinó que debia marchar contra Lisboa, atravesando todas las líneas que estrechaban la plaza de Oporto; Saldanha creyó por el contrario que valia mas desembarcar en el extremo de los Algarbes, y dirigirse desde allí á Lisboa á través de las poblaciones sublevadas, pues D. Miguel habia desguarnecido las provincias del sur para concentrar sus fuerzas al rededor de Oporto, y los fáciles triunfos de los Pedristas debian estimular á los liberales á declararse de una vez. Esta última opinion prevaleció, y es cierto que utilizando la escuadra presentaba grandes ventajas. Solignac dimitió entonces su mando, lo cual no impidió activar los preparativos de marcha, embarcándose en la escuadra de Napier dos mil seiscientos setenta y dos infantes y veinte lanceros, al mando de Villafior, ahora duque de Terceira. Acompa-

ñabale el de Palmella, á fin de organizar tras él las conquistas que se realizaran (19 de junio de 1833).

Esta audaz expedición tuvo un éxito felicísimo. Mientras el capitán Napier ganaba el título de vizconde del cabo de San Vicente y de almirante, destruyendo en las aguas de Lagos todas las fuerzas marítimas de D. Miguel, el duque de Terceira, á quien acababa de dejar en la costa de los Algarbes no encontraba obstáculo alguno, dejaba burlado á Mollélos, que debía cerrarle el Alentejo con seis mil milicianos, vencía al brigadier Freitas al pié de los muros de Setubal, y dueño de esta ciudad, llegaba de repente á Cacilhas, frente de Lisboa, de cuya ciudad solo le separaba el Tajo.

Cercado por las tropas de Mallelos y por la guarnición de Lisboa, Villafior podía expiar en aquel momento sus fáciles triunfos; así es que sin perder un minuto se arrojó ciegamente contra los regimientos de Tellez Jordao apostados delante de Cacilhas, y á causa de la impetuosidad del ataque, el combate terminó en menos de dos horas con la muerte de Tellez y la dispersión de sus soldados. Los que lograron volver á Lisboa difundieron en ella el espanto, de modo que el duque de Cadaval, que mandaba una guarnición numerosa, la evacuó apresuradamente para replegarse hácia Coimbra, y de allí hácia Oporto, cuyo sitio dirigía el mismo usurpador.

Por mas brillante y gloriosa que fuese la victoria de Cacilhas, el duque de Terceira no estaba aun exento de inquietud, colocado como se hallaba entre Mollélos, Lisboa y el Tajo, cuando de repente vió flotar sobre el castillo de San Jorge la bandera de la independencia. ¿Pero era una realidad inesperada, ó solo una estratagema? Prontó le sacó de recelos la llegada de una diputación numerosa que saludaba en él al libertador de los portugueses, y al día siguiente tomó posesión de la ciudad y del arsenal. Y sin embargo, apenas tenía mil quinientos hombres, mientras que el duque de Cadaval disponía de siete mil á lo menos. El conquistador de Lisboa señaló su presencia con grandes beneficios, abrió las cárceles que estaban atestadas de víctimas, disminuyó las excesivas contribuciones, logrando así hacerse admirar de todas las clases.

D. Pedro en Lisboa; coronación de D.^a María II; regencia de Don Pedro.

Mientras el brillante triunfo del almirante Napier, y sobre todo la instantánea conquista de las provincias meridionales y de la capital conmovían fuertemente el trono del usurpador, los generales miguelistas no habían dejado de aprovechar la marcha de Villafior con la mitad de la guarnición de Oporto, sabiendo muy bien que si aquella ciudad sucumbía, D. Pedro y doña María se hallaban perdidos á pesar de cuanto sucediera en el Sur. Pero el que mandaba en Oporto era Saldanha, el cual, lleno de justa confianza en los voluntarios portugueses, franceses é ingleses, no se amedrentaba ante la inmensa ventaja que D. Miguel podía reportar del número de sus soldados. Todos los asaltos dados á los muros de Oporto fueron vigorosamente rechazados, y el desaliento que amenazaba apoderarse de los habitantes de Oporto había ya pasado al campo de los sitiadores, cuando la noticia de los recientes triunfos de Villafior reveló por fin á D. Miguel toda la extensión de los peligros que amenazaban su tiranía.

En vano recobró algun valor al verse rodeado de los distinguidos oficiales franceses Bourmont, Clouet, Brassaget, Larochejaquelin, etc., que sosteniendo la causa de D. Miguel creían apoyar la de Enrique V. Las grandes esperanzas que en ellos fundaba se desvanecieron en breve, y su valor y su experiencia no pudieron volver la confianza á los miguelistas, ni aprontar cuanto les faltaba en armas, municiones y dinero. Perdida Lisboa, resolvieron dar una batalla decisiva, pero vieron estrellarse sus fuerzas contra los muros de Oporto y contra el entusiasmo de que estaban poseídos los soldados, generales y habitantes. En efecto, ¿qué podían los mercenarios de D. Miguel, que combatían por el despotismo ó por el saqueo, contra ciudadanos que lidiaban á la vez por su ciudad, por sus familias y por su libertad? Hasta las mujeres se convirtieron en heroínas. Una de ellas recibió una bala en el brazo, y mientras se lo amputaban, olvidó sus sufrimientos para gritar: *viva la reina! viva la Constitución!*

D. Pedro supo aprovecharse de su victoria, y no bien hubo rechazado de los muros de Oporto á D. Miguel, corrió á Lisboa y proclamó á un tiempo á su hija y la libertad. Cuántos habían

padecido bajo la tiranía de D. Miguel se apresuraron á recibirle por jefe; mas los que por interés ó ignorancia echaban de menos la usurpacion, le calumniaron sordamente, y le acusaron de querer usurpar á su vez el trono de su hija, no tardando D. Pedro en hacer patente la avilantez de sus acusaciones, invitando á D.^a Maria á venir á tomar posesion de sus Estados. Esta princesa salió al punto de París, y el 22 de setiembre desembarcó en Lisboa, en donde su mismo padre la entregó la corona, reservándose el título de regente, é inaugurando su gobierno con una acertada reforma del desmedido lujo que reinaba tiempo hacia en la corte de los reyes portugueses.

Al reservarse las funciones de regente, D. Pedro no se atribuía ciertamente una dignidad muy agradable, pues sin contar que la administracion y la hacienda estaban entonces en un desarreglo completo, y de que infundia espanto la multitud de reformas indispensables, D. Miguel no había renunciado á recuperar su poder, y tenia bastantes partidarios y bastantes soldados para infundir aun temores.

Fin de la guerra civil; convenio de Evora (26 de mayo de 1834);
Muerte de D. Pedro.

En efecto, la victoria recién alcanzada por los liberales en los muros de Oporto, había dispersado, pero no destruido, al ejército miguelista, y luego que este príncipe hubo reunido sus restos, no quiso dejar á su rival el tiempo de consolidarse. Rechazado otra vez de Lisboa, establecióse al norte de la ciudad, entre el Tajo y Coimbra, sin que le desalentara la partida del mariscal de Bourmont, á quien achacaba sus reveses, en vez de imputarlos al odio de que era objeto y á la indisciplina de sus tropas. Confió el mando al inglés Macdonald, y á los pocos dias volvió á tomar la ofensiva. Macdonald no fué mas feliz que su predecesor, y vencedor en Alcacer do Sal, sufrió luego derrota sobre derrota hasta que D. Miguel, arrojado de las fuertes líneas desde las cuales amenazaba la capital, no tuvo otro asilo que la pequeña ciudad de Santarem, cuyo sitio emprendieron inmediatamente Saldanha y Terceira.

La causa de D. Miguel no estaba aun enteramente perdida, toda vez que sus vencedores se hallaban tan desprovistos de recursos

como él en el estrecho recinto de Santarem. Sin embargo, la muerte de Fernando VII, á quien sucedió en el trono de España, no su hermano D. Carlos, representante de las ideas retrógradas, sino su hija D.^a Isabel, proporcionó á D. Miguel un nuevo y poderoso enemigo, y cuando poco despues D. Carlos, acompañado de su familia, se reunió con él en Santarem, llegó menos como soberano aliado que como un fugitivo que no sabe donde resguardar su proscrita cabeza.

Por mas que las cortes de la santa alianza exitaron á D. Miguel y á D. Carlos á reunir sus fuerzas, á no desesperar, las estériles promesas que les hacian solo sirvieron para empeorar su situacion, puesto que la Francia, la Inglaterra, la España y el Portugal contestaron á las amenazas de la Europa absolutista con la celebracion de la cuádruple alianza, y al momento, y á causa de los preparativos que el pretendiente no casaba de hacer en Portugal, un cuerpo de tropas españolas pasó á la frontera á fin de vigilar mas de cerca las conspiraciones de que era objeto el trono de Isabel.

¿Qué podia D. Miguel contra la poderosa coalicion de las naciones libres del Occidente? Los sucesivos reveses que sufrió en su marcha hácia Lisboa, primero cerca de Oporto, y despues en Asseiceira, en las puertas de Coimbra, acabaron de desalentarle, y renunciando á defenderse en Santarem, solo pensó en escaparse por la frontera de España, en compañía de D. Carlos, designio en que tampoco fué feliz, pues al dirigirse á Elvas supo que Rodil y seis mil hombres españoles estaban prontos á cerrarle el paso. Entonces entró en Evora; pero mientras que la desercion disminuía cada dia el número de sus soldados, los generales Saldanha y Terceira le acorralaron con un ejército considerable y por fin se vió obligado á rendirse (26 de mayo de 1834).

Despues de las calamidades con que la ambicion de D. Miguel abrumara el Portugal, era por cierto permitido castigarle, ó al menos imposibilitarle para reanudar sus intrigas. D. Pedro no pensó así, é impulsado por un sentimiento de generosidad inoportuna, prefirió exponer á su patria á nuevos azares á obrar severamente contra un hermano culpable. En efecto, el convenio de Evora que con él ajustó, además de la amnistia, para cuantos sirvieron al usurpador, estipuló que D. Miguel podria salir libremente de Portugal con una pension de cuatrocientos mil francos,

con la sola condicion de no volver á la Península, ni á las colonias portuguesas.

Cuatro dias despues, D. Miguel se embarcó en el puerto de Sines para Génova, al paso que D. Carlos se dirigia á Inglaterra en el *Donegal*. La conducta que luego observó este último príncipe mostró á las claras que los portugueses debian temer con razon la indulgencia de D. Pedro.

Poco sobrevivió el regente á la salvacion de su país. Las fatigas que habia sufrido durante los últimos años, habian minado prematuramente su robusta constitucion, y sintiendo que se acercaba su fin, apresuróse á convocar las cámaras y á presentarles varias reformas importantes, entre ellas la de los códigos y la de procedimientos. Para asegurar al propio tiempo la tranquilidad pública, abdicó ante ellas la regencia, y no contento con hacer reconocer la mayoría de D.^a María, casóla con el jóven duque de Leuchtenberg, hijo del príncipe Eugenio Beauharnais. Finalmente, empleó sus últimos momentos en agradecer los servicios de sus servidores, en recomendarles la union, en dar consejos á su hija; y cuando hubo dado al mundo todo lo que de él podia exigir, solo se ocupó de su alma (24 de setiembre de 1834). Así murió, á los treinta y seis años de su edad, uno de los príncipes mas notables que ha producido este siglo. Sin merecer el dictado de grande que le han conferido los aduladores, tuvo al menos un mérito indisputable y mas raro quizás en los príncipes que el talento mismo: el de amar, sino el de comprender la libertad.

CAPÍTULO XXVIII.

D.^a María de la Gloria II.

TENTATIVA DE D. MIGUEL.—EL PARTIDO LIBERAL SE DIVIDE; CARTISTAS; CONSTITUCIONALES.—REVOLUCION DE SETIEMBRE (1836); FRACASA LA PRIMERA CONTRA REVOLUCION.—LAS CORTES PROCURAN EN VANO LA RECONCILIACION DE LOS PARTIDOS; FRACASA TAMBIEN LA SEGUNDA CONTRA REVOLUCION.—LOS SETEMBRISTAS CONTINUAN PROCURANDO LA RECONCILIACION; DESCANSO Y FUERZA.—LOS CARTISTAS TRIUNFAN EN 1842.—GOBIERNO DE COSTA CABRAL.—LOS SETEMBRISTAS TRATAN DE DERRIBARLE (1844); SU FUGA.—DOÑA MARÍA DERRIBA Á LOS SETEM-

BRISTAS; VUELTA, PODER Y CAIDA DE COSTA CABRAL.—ACTUAL ESTADO DE PORTUGAL.

Tentativa de D. Miguel.

Por fin reinaba doña María, mas faltaba mucho para que Portugal hubiese recobrado la paz y la prosperidad. Muerto apenas D. Pedro, las cortes se agitan, los clubs intrigan, los absolutistas recobran su valor, los vencedores se dividen, y D. Miguel piensa en los medios de escalar otra vez el trono, siendo tal la anarquía en que entonces cayó el reino, que á primeros del año 1835, no pudiendo esperar aquel príncipe ocasion mas favorable, huyó de Viena para apoyar con su presencia los esfuerzos de sus partidarios.

Su evasion conmovió á toda la Europa, pues el triunfo de don Miguel en Lisboa era nada menos que el triunfo del absolutismo en la Península, y tal vez en todo el continente. Así es que, apenas se tuvo noticia de ella, cuando las cuatro potencias coaligadas por el tratado de la cuádruple alianza, se apresuraron á confirmarlo á petición de D.^a María, con una nueva y solemne consagracion, siendo la Inglaterra la que se encargó de obrar en nombre de las cuatro. Satisfecha con el asentimiento de la Francia y de sus aliados, no queria que los demás pueblos se acostumbrasen á inmiscuirse, como ella, en los asuntos de Portugal, y era tal la influencia que ejercia en este país, que sin abrazar abiertamente la causa de D.^a María, la bastó indicar que se inclinaba en su favor para reprimir casi al momento las tentativas todas de los miguelistas, mientras que la Europa oriental, es decir, la Rusia, el Austria y la Prusia, representantes del antiguo sistema, agitábanse en pro de su candidato. Entabláronse amenazadoras conferencias en Kalisz y Toeplitz, y pudo creerse por un momento que iba á turbarse la tranquilidad del mundo. Sin embargo, ya por falta de acuerdo entre aquellas tres potencias, ya por mas graves preocupaciones, ya por temor, aquellas pomposas entrevistas de soberanos y formidables revistas de tropas no surtieron otro efecto que estrechar los vínculos de la cuádruple alianza y comprometer mas y mas á los protegidos de las cortes absolutistas, á D. Carlos en España, y á D. Miguel en Portugal (1).

(1) De este mismo año data, despues de muchos ensayos infructuosos, la última